AdarA

"La justicia no consiste en ser imparcial entre el bien y el mal, sino en encontrar el bien y defenderlo hasta el final." - Séneca

1

Las voces de los mercaderes y artesanos resonaban en una soleada mañana, de la ciudad de Atenas. Infinitos carros y mesas de madera llenas de alimentos, telas, cerámicas, herramientas y artesanías se exponían a lo largo de una amplia calle empedrada, donde los ciudadanos compraban y regateaban por sus productos.

Entre la multitud, caminaba una pequeña niña con un hermoso cabello negro y ojos oscuros. Al igual que la gran mayoría de los ciudadanos de Atenas, vestía una túnica blanca de tela ligera, una faja que cubría su cintura y sandalias. Junto a ella llevaba una canasta llena de frutas, pan y algunos productos de madera.

La niña era muy conocida en la zona, pues llamaba mucho la atención, ya fuese por su belleza natural o por su forma de caminar. Esta daba la sensación de que fuera una pequeña adulta más. Observaba con atención los puestos de alimentos y regateaba con facilidad, aprovechándose de la ternura que emanaba y su elegancia al hablar.

La canasta permanecía llena y con todos los productos necesarios para volver a casa. La niña caminaba con decisión por la enorme calle empedrada hasta que sintió un fuerte dolor en su brazo derecho. Luego de un tirón, el cual hizo que algunos productos cayeran de su canasta, observó cómo un grupo de adolescentes la acechaba. El más alto de ellos, no dejaba que se moviera, apretándole aún más su pequeño brazo.

_ ¡Buenos días, Adara! ¡Cuéntanos qué has comprado hoy! _ dijo él.

_ Déjame en paz, Alexandros _ respondió ella.

_ Adara querida... si estamos conversando.

Alexandros sintió un golpe seco que hizo que soltara inmediatamente el brazo de la niña. Luego de un grito casi ahogado por la sorpresa que se había llevado, alzó su cabeza y mientras tomaba su muñeca con fuerza para aliviar el terrible dolor que sentía, observó a su atacante. Este era un niño de baja estatura con cabello rubio castaño que portaba un bastón de madera, con una soga blanca que rodeaba su muñeca derecha. Sus ojos estaban envueltos en una cinta roja atada a su nuca.

_ Fénix... _ susurró Alexandros mientras observaba al niño con desprecio.

Adara se acercó sonriendo con su canasta al pequeño, que permanecía sumamente inmóvil y se puso a sus espaldas.

_ ¡Espero verte luego, Adara! ¡Quizás cuando el deforme de tu amiguito no esté

asustando a todo el mundo con sus ojos cruzados!_ gritó Alexander lanzando una carcajada y mirando a sus compañeros, que rieron forzosamente con él.

_ ¡No estarán más cruzados que tus dientes! _ contestó ella.

Uno de los compañeros de Alexandros lanzó una risa por lo bajo, mientras que otro, con una sonrisa en su rostro, le dio un golpe en el brazo. El joven los observó y luego miró a la niña.

_ ¿Quién te crees, arpía? _ susurró entre dientes.

Fénix sintió en el suelo la vibración de los pasos de Alexandros e inmediatamente hizo girar con gran habilidad su bastón, apoyándolo en su hombro derecho. El joven matón interrumpió inmediatamente su paso al observar el movimiento del niño invidente.

_ Vámonos... _ dijo luego de unos segundos sin saber cómo reaccionar.

El grupo de muchachos se marchó después de mirar con desprecio a los niños y desaparecieron en el mar de personas. Adara tomó algunas frutas que habían caído al suelo. Con la canasta nuevamente completa y en su hombro, la niña se acercó a su amigo, tomándolo del brazo, y ambos comenzaron a caminar por la amplia calle empedrada de Atenas.

_ Mis ojos no están cruzados...¿no? _ preguntó él.

_ Oh, Fénix, por supuesto que no. Pero te puedo jurar que sus dientes...

Adara lanzó una carcajada mientras que Fénix se limitó a sonreír y juntos se perdieron entre la multitud.

2

_Y dos montañas...y el sol está cayendo justo en medio. Es de un color naranja tiñendo todo el cielo, también hay unos...cuatro...¡cinco barcos! Unas aves están volando por encima de ellos en dirección al mar _ describía Adara mientras permanecía sentada junto a Fénix disfrutando de un pintoresco atardecer frente al mar.

_ El de hoy es muy lindo _ contestó él.

_ Y no hay uno igual que el otro _ dijo ella.

Fénix agachó la cabeza mientras Adara lo observaba frunciendo el ceño.

_ ¿Qué sucede? _ preguntó la niña.

_ Nada, solo estoy pensando...¿Cómo haré para ver los atardeceres cuando vayas a vivir al templo?_ expresó preocupado.

_ Podrás visitarme _ contestó ella.

_ Adara, sabes que eso no es posible, el templo es solo para las sacerdotisas de Atenea.

_ Y tú sabes que podrías visitarme, de todas maneras, sin ser visto.

La pequeña tomó su canasta y sacó dos manzanas verdes. Le dió una a Fénix y ambos le dieron un mordisco.

_ Ahora hay siete barcos en el agua _ siguió describiendo ella, pero al mirar a Fénix notó que aún seguía un poco desanimado.

Ella tomó la mano del niño y seguía observando el bello paisaje mientras le daba otro mordisco a su manzana.

_ Cuando seas un guerrero podrás ingresar sin problemas y veremos más atardeceres _ dijo con la boca llena.

_ No seré un guerrero, Adara _ contestó él.

La niña miró rápidamente a Fénix abriendo sus oscuros ojos y dejando de masticar.

_¿De qué estás hablando? ¡Serás un guerrero! _ dijo ella después de tragar.

_ Soy ciego, jamás dej...

_ ¡Fénix! Tú solo podrías haber vencido a esos idiotas del mercado _ lo interrumpió ella.

_ Si pero, son solo cuatro idiotas _ dijo él.

Se produjo un pequeño silencio entre los niños. Luego de unos segundos Adara dejó la manzana a un costado y tomó su canasta. De ella, sacó una pulsera hecha con piedras de color negro y tres perlas blancas. Lentamente tomó la muñeca de Fénix y mientras reemplazaba la soga de su bastón por la pulsera dijo:

_ Más grandes, altos y fuertes que tú. Y solo eres un niño. Pero cuando seas un hombre...podrás vencer a todos los monstruos que existen, los dioses te darán obsequios y serás un héroe.

Adara dio el último nudo a la pulsera y llevó la mano de Fénix a esta, para que pudiera apreciarla. El niño pasó las yemas de sus dedos por la nueva adquisición de su bastón, sintiendo el espesor de las piedras de color negro y el suave material de las brillantes perlas. Una sonrisa se dibujó en su rostro y agachó su cabeza.

_ Un monstruo me ganaría fácilmente _ dijo él.

_ Sabes que no es cierto, tú vencerás al peor de los monstruos, al más temible y difícil de vencer. Promételo.

Fénix dio un largo suspiro. Ella lo miró en silencio y lentamente surgió una sonrisa en su rostro . Él pudo sentir que ella estaba sonriendo y su boca se curvó ligeramente.

_ Lo sabía _ dijo ella con una sonrisa y se puso de pie. _ Debo ir a casa. ¿Podrás volver solo no?

Fénix en silencio asintió con su cabeza. Ella tomando su canasta se acercó y le dio un beso en la mejilla.

_Muy bien, adiós guerrero _ dijo mientras se daba media vuelta y comenzaba a caminar.

El niño sentía como la vibración de los pasos de Adara se alejaban lentamente y el aroma de su cabello se desvanecía en el aire mientras disfrutaba del obsequio que había recibido. Sentado y con su corazón palpitando intensamente, usaba su imaginación para proyectar el hermoso atardecer que llegaba a su fin.

3

Durante los años siguientes, Adara inició su preparación para convertirse en sacerdotisa en el templo de la diosa Atenea. Recibió una educación religiosa y aprendió los rituales y ceremonias más importantes que guiarían su vida en el templo. No pasó mucho tiempo antes de que se convirtiera en la sacerdotisa más joven del sagrado centro de adoración. A la temprana edad de catorce años, ya había adquirido todo el conocimiento sobre mitos, protocolos y habilidades necesarias para llevar a cabo las sagradas tareas.

A medida que crecía, Adara irradiaba una belleza sobresaliente. Los ciudadanos, maravillados, la observaban desde las afueras del templo y comentaban que su cabello era más hermoso que el de la mismísima Atenea. Algunos jóvenes incluso se enamoraron perdidamente de ella, ofreciéndole riquezas y un matrimonio lleno de lujos y aventuras. Sin embargo, como sacerdotisa, Adara había hecho un voto de castidad y dedicación a la diosa griega. No se le permitía enamorarse ni tener relaciones íntimas con otras personas. Aun así, en ciertos atardeceres, se daba el lujo de ir al jardín de rosas blancas, el más apartado del templo, y contemplar las puestas de sol con Fénix, quien sorprendentemente tenía una habilidad magnífica para infiltrarse sin ser visto. Ambos respetaban las reglas que Adara debía cumplir como sacerdotisa, pero no dejaban pasar la oportunidad de disfrutar de su mutua compañía mientras el sol se hundía en el horizonte de Atenas.

En sus momentos libres, la joven encontró un pasatiempo en el tiro con arco y flecha. Después de recibir las ofrendas de los ciudadanos y cuidar de los impresionantes jardines por las mañanas, se dedicaba a practicar su puntería al aire libre hasta que el sol alcanzaba su punto más alto en el cielo y llegaba la hora del almuerzo.

A medida que avanzaban en su formación y demostraban competencia en sus sagrados deberes, las sacerdotisas tenían la oportunidad de ascender en rango y responsabilidad dentro de la jerarquía del templo. Adara aspiraba a poder tomar decisiones administrativas del recinto religioso en el futuro.

Los comentarios sobre la joven sacerdotisa se multiplicaban cada vez más en la ciudad de Atenas. A los veinte años, no había duda de que Adara era una mujer que irradiaba una belleza deslumbrante. Muchos llegaron a cuestionarse si era aún más hermosa que la diosa a la que servía. Los comentarios resonaban hasta lo más alto de los cielos, incluso llegando al Olimpo, el hogar de los dioses. Poseidón, dios de los mares, captó aquel eco. Movido por la curiosidad, se fijó en la joven sacerdotisa de quien todos hablaban en Atenas. Adoptando la forma de las olas del océano, el dios la observaba desde la distancia mientras Adara

practicaba su puntería por las mañanas, confirmando con sus propios ojos la belleza de aquella mujer.

Una noche, mientras la joven rezaba frente a una imponente estatua de Atenea, diosa de la guerra y la sabiduría, escuchó cómo un extraño sonido detrás de ella se intensificó rápidamente. La joven se volteó y pudo observar una pequeña espiral de agua que giraba y crecía en el suelo del templo, hasta que, después de unos segundos, emergió la figura de un hombre de gran estatura. Su cuerpo brillaba con una radiante luz azul y en su mano derecha sostenía un enorme tridente dorado. Poseidón observaba a la joven sacerdotisa, quien parecía sumamente confundida ante la presencia del dios.

Después de unas pocas horas, el templo de Atenea quedó envuelto en llamas. Las ofrendas de los ciudadanos se redujeron a cenizas, las telas que decoraban el lugar estaban en llamas y el fuego consumía el color de las paredes del enorme templo, así como las hermosas flores de los jardines. Adara yacía en el suelo, semidesnuda y con su vestimenta destrozada, ahogada en un llanto devastador. Pero entonces, el fuego desapareció repentinamente con una poderosa ráfaga de viento que provenía de la imponente estatua de la diosa Atenea. Adara cesó su llanto del susto, mientras frente a ella se encontraba una hermosa mujer cuyo cuerpo desprendía un resplandor lila. La sacerdotisa contemplaba a la diosa Atenea en forma física ante sus ojos. El rostro de aquella divina mujer parecía sumergido en un mar de furia e indignación hacia la sacerdotisa, quien luchaba por ponerse de pie. Una espada plateada fue alzada por la diosa del Olimpo en dirección a la joven, quien suplicaba piedad ante la desgracia que la rodeaba en forma de ofrendas destruidas y llamas ardientes que iluminaban el oscuro color consumido de las paredes y las flores, que alguna vez brillaron por su belleza. De la afilada punta de la espada emanó un rayo que impactó a Adara, generando una luz incandescente.

La oscuridad reinaba en el espacio rodeado de los restos que alguna vez formaron parte de un espléndido santuario divino. Una figura femenina corría a toda velocidad por los largos pasillos del templo llegando a la enorme puerta principal. Al ser abierta, la luz de la luna iluminó a la difusa mujer, quien quedó paralizada ante la enorme ciudad de Atenas, mientras en el aire se sintonizaba el siseo de abundantes serpientes que resonaban en sus oídos. Al cabo de unos segundos, la figura descendió por las amplias escaleras del templo y se perdió en los rincones más oscuros de la inmensa metrópolis, huyendo de ella y de todos aquellos que pudieran observarla. Abandonando así, el templo de sus sueños, que en un abrir y cerrar de ojos, se transformaron en pesadillas. Dejando atrás su vida y su labor, así como también a aquel joven invidente que preguntaría por ella en la mañana siguiente. Una pregunta que solo recibiría una respuesta vacía, como el sentimiento en su pecho en los años que se aproximarían.

4

Habían transcurrido cuatro largos años desde que el majestuoso templo de la diosa Atenea había sido reducido a escombros por la furia de Poseidón. Los ciudadanos nunca llegaron a conocer la verdadera secuencia de eventos de aquella fatídica noche, lo que dio lugar a la creación de múltiples relatos que intentaban justificar la devastación. Entre ellos se mencionaba un ritual fallido, la culpa y rendición de una de las sacerdotisas, la existencia de artefactos malditos e incluso la explicación más aceptada: la venganza divina. Sin embargo, ninguna versión parecía recordar a la hermosa joven del grupo de sacerdotisas, aquella que todos en el pueblo habían observado con fascinación en alguna ocasión. Muchas de ellas habían fallecido en el fuego infernal de aquella fatídica noche, y se asumía que, tal vez, Adara también formaba parte de aquel trágico destino. Con el paso del tiempo, la curiosidad acerca de aquella desgracia comenzó a desvanecerse, sumida en las profundidades del olvido.

A varios kilómetros de Atenas, en un espléndido palacio en la Isla de Sérifos, el Rey Polidectes celebraba un majestuoso banquete, repleto de exquisitos manjares y bebidas. Un joven de imponente presencia y gran estatura hizo su entrada en el salón de la residencia. Todas las miradas se dirigieron hacia él, mientras susurros llenaban el aire. El rey Polidectes hizo un gesto con la mano a uno de sus sirvientes y le habló al oído en voz baja. El sirviente asintió y se aproximó al joven, quien contemplaba el inmenso salón con sus altas columnas y balcones de vistas impresionantes.

_ ¡Bienvenido Perseo, hijo de Zeus! Por favor, sírvase, coma y beba lo que guste _ le dijo el sirviente, ofreciéndole una gran bandeja plateada con bebidas y señalando una amplia mesa repleta de manjares.

_ Muchas gracias. _ contestó Perseo.

Dos ancianos comentaban maravillados la increíble presencia del hijo de Zeus en el salón. Con curiosidad, sus ojos se fijaron en la puerta de entrada, por donde ingresaron varios hombres entre risas. Detrás de ellos, avanzaba pausadamente un misterioso joven de cabello rubio castaño. Sostenía en su mano un bastón de madera adornado con una correa de piedras negras y tres perlas que rodeaban su muñeca. Un pañuelo de color rojo carmesí, atado desde la nuca, cubría sus ojos, envolviéndolos.

_¡Qué demonios! Creí que era una reunión para los mejores guerreros de las Islas Cícladas _comentó uno de los ancianos observando al joven invidente, que ahora se acercaba a la amplia mesa de alimentos.

_ Crees bien amigo mío. Ese es Fénix, y es el guerrero que vino a representar a la Isla de Mykonos_ le contestó su compañero.

_¿Un ciego? _ preguntó confundido el anciano.

_ Efectivamente. Y con una habilidad para el combate impresionante, deberías verlo en acción. Los dioses le han dado un don.

_¡Bienvenidos señores! _ exclamó en voz alta el Rey Polidectes.

Los presentes voltearon a ver al rey. Fénix, se quedó en su lugar de espaldas a este.

_¡Por favor, coman y beban! Como ustedes saben, han sido invitados en mi honor para sab…

Fénix dejó de prestar atención al discurso del rey y avanzó lentamente por la amplia mesa de alimentos. Con el bastón en una mano, extendió la otra sobre el taburete, explorando con cuidado los manjares que se encontraban allí. Girando la cabeza y aspirando los aromas, decidió tomar una manzana verde. El anciano que había mostrado curiosidad por Fénix seguía sin comprender cómo el guerrero podía participar en una reunión tan importante, siendo invidente. Le resultaba difícil creer que Fénix pudiera salir victorioso en una batalla cuerpo a cuerpo. Aunque la apariencia física del joven era espléndida, sus dudas le atormentaban. Dando un golpecito en el brazo a su compañero, indicó con la cabeza que se acercaría a hablar con el guerrero ciego. Su compañero le siguió y, esquivando cuidadosamente a los presentes, se aproximaron a Fénix, quien percibió las vibraciones de sus pasos en el suelo y decidió retirarse al balcón del salón.

_¿Viste cómo se fue apenas empezamos a caminar? ¿Nos habrá oído? _ dijo el anciano mientras llegaba al espacio que Fénix había abandonado. Rendido a querer seguirlo nuevamente, tomó una manzana verde.

_No lo dudo, como te dije, este muchacho tiene una habilidad impresionante _ le contestó su compañero.

_Increíble… _ comentó el anciano dando un mordisco y sintiendo un asqueroso sabor en su boca. Su lengua estaba repleta de un espeso material que hizo que escupiera rápidamente.

_¿Qué estás haciendo? _ le preguntó su compañero.

_ ¿Qué demonios es esto? _ Se preguntó el anciano asqueado, mientras miraba una extraña esfera de color amarillo óptico con las palabras “Roland Garros” en su mano.

_ Pues…no tengo idea _ contestó su compañero.

Fénix permaneció en el balcón, apoyando su bastón mientras saboreaba la manzana. El sol se sumergía en el horizonte, y el sabor de aquella fruta solo servía para recordarle los momentos que compartía con Adara. La incertidumbre de aquella fatídica noche lo atormentaba cada día. ¿Cómo era posible que nunca más pudiera verla? Ya no podría percibir el aroma de su cabello ni sentir las vibraciones únicas que generaba al caminar. El tacto de su suave piel, el amor en sus manos. Su voz, tan dulce pero llena de presencia, que resonaba en el aire mientras hablaba con pasión o describía los hermosos atardeceres. Fénix no había vuelto a imaginar ninguno de aquellos crepúsculos durante años. Sabía que estaban ahí, pero ya no podía percibirlos. Solo se

limitaba a recordar los relatos de Adara, pero aún así no era suficiente, pues sabía que cada atardecer era único y no había dos iguales.

_¡Si fuera por mí, le daría la cabeza de la Medusa! _ exclamo Perseo dentro del salón.

Ese comentario llamó la atención de Fénix. Se había mencionado el nombre de uno de los últimos monstruos más temidos por el pueblo griego. Curioso, volvió a ingresar al gran salón.

5

_¡Muy bien! Pero te advierto, hijo de Zeus. Nadie ha intentado asesinar a la Medusa y volver para contarlo _ dijo el Rey Polidectes a Perseo, que lo miraba con toda la atención de los hombres allí presentes.

_¡Convierte en piedra todo lo que mira! _ resonó en gran salón.

_¡Dicen que es una criatura sumamente espantosa! _ se escuchó a lo lejos.

_Llevaré un ejército _ dijo Perseo confiado.

_Ejércitos completos han perdido la vida en esta búsqueda _ comentó Polidectes.

¡Ninguno fue liderado por un hijo de Zeus! exclamó Perseo _Partiremos en búsqueda de la cabeza de la Medusa y la traeremos a Sérifos. Seremos el ejército del Rey Polidectes.

El ejército que derrotó a la terrible Medusa… susurró por lo bajo el rey, mientras llevaba su mano al mentón _¡Muy bien! ¡Los guerreros que me traigan la cabeza de la gorgona junto a Perseo, serán recompensados y reconocidos como los héroes que asesinaron al más temible de los monstruos! _ ordenó el Rey Polidectes.

Muchos de los guerreros invitados levantaron sus copas en alto. Fénix, quien permanecía junto a la amplia mesa, tomó una copa de vino y la alzó al igual que los demás, comprometiéndose con la travesía que les esperaba.

La Medusa, un peligroso objetivo y «el más temible de los monstruos» pensó Fénix, mientras recordaba aquella promesa que hizo de niño. Una promesa que ahora, estaba cerca de cumplir.

6

En un extenso muelle, reposaba un navío de notable envergadura. Su construcción de madera exhibía una proa tallada y una popa ornamentada con detalles artísticos. Numerosos remos se alzaban a ambos lados de la embarcación, mientras que en su único mástil ondeaba una vela roja con el emblema del templo del Rey Polidectes.

Varios guerreros se dirigían hacia el navío mientras recibían aclamaciones por parte del pueblo de las Islas Cícladas. Bajo el mando de Perseo, lucían relucientes corazas doradas en el pecho, grebas sujetas a sus piernas con correas, grandes escudos rectangulares, espadas, cascos de bronce y llamativas crestas de color rojo que presentaban aberturas tanto en los ojos como en la boca. Además, llevaban largas túnicas que cubrían su cuello y espalda hasta la parte inferior de las piernas.

La devoción hacia Perseo resonaba poderosamente en el muelle, manifestada en vítores y aplausos. La presencia del hijo de Zeus era un auténtico espectáculo. El semidiós abordó el barco junto a sus compañeros, y entre ellos se encontraba Fénix. A diferencia de los demás, su casco no tenía una abertura para los ojos, y en lugar de una espada, portaba una larga lanza con una punta plateada. En su muñeca, llevaba una pulsera adornada con piedras negras y tres perlas blancas, que utilizaba como correa. Utilizando la lanza a modo de bastón, Fénix subió al barco y se sentó tranquilamente en la popa, adoptando una postura en la que cruzó las piernas. Mientras sus compañeros saludaban alegremente a sus seres queridos y amigos que les daban su despedida y les deseaban buena suerte en su travesía, Fénix permaneció en silencio.

La proa del navío cortaba las olas mientras navegaba majestuosamente por las aguas azules. En cubierta, los guerreros afilaban sus espadas y pulían sus cascos mientras que Fénix permanecía inmóvil, exactamente en la misma posición de indio que adoptó cuando subió a bordo.

_ Oye Caricles..._ dijo por lo bajo uno de los guerreros.

_ Dime compañero _ contestó Caricles.

_ ¿Qué le sucede al ciego? No se movió desde que partimos_ preguntó curioso

_ Si, lo noté. Quizás esté rezando o algo... yo no me acercaría mucho, Damocles. _ dijo preocupado el guerrero.

_ Míralo, míralo ahora..._ lo interrumpió Damocles, dándole golpecitos con el codo mientras señalaba a Fénix, que había alzado su cabeza hacia el cielo y la rotaba levemente como si fuera un pequeño pájaro observando.

Ambos guerreros alzaron sus cabezas con curiosidad y contemplaron en el cielo destellos de colores que giraban en torno al navío. Tras unos segundos, una intensa luz deslumbró a toda la tripulación, poniéndolos en alerta. A tientas, empuñaron sus espadas y se prepararon para el combate, resguardándose detrás de sus escudos.

Para su sorpresa, no se trataba de un ataque, sino de una visita. Pues, en el centro de la cubierta, resplandecían dos figuras, una masculina y la otra femenina. Uno de los guerreros bajó levemente su escudo para apreciarlas mejor.

_ No puede ser...son.

_ ¡Hermes y Atenea! _ dijo Perseo, con una sonrisa en su rostro y los brazos abiertos.

Los dioses sostenían obsequios en sus manos que ayudarían a Perseo a enfrentar a la temible Medusa. Entre ellos, había sandalias aladas, una hoz

dorada y un escudo plateado, pulido de manera impecable como un espejo. Los dioses retrocedieron unos pasos con una sonrisa mientras los guerreros se acercaban para admirar los regalos que Perseo había recibido. Algunos lo felicitaban, otros quedaban atónitos por la presencia de Atenea y Hermes. Solo uno de los guerreros permanecía en una postura meditativa, apartado de la multitud con la cabeza inclinada. La atención de Atenea se centró en Fénix, con curiosidad, observándolo desde lejos con el ceño fruncido, cuestionándose internamente la actitud de aquel joven ciego. Permanecía inmóvil y apartado, sin mostrar la euforia o gratitud típicas de los mortales al encontrarse con dioses. Atenea no podía apartar la mirada de él, confundida por la serenidad que Fénix mostraba sentado allí. Pero entonces, en el intenso contacto visual, el joven giró lentamente la cabeza hacia la dirección de la diosa. Atenea observaba asombrada cómo aquel hombre ciego, con los ojos vendados y a una distancia considerable, parecía estar mirándola intensamente, transmitiendo la certeza de que él sabía que ella lo estaba observando. La curiosidad se convirtió en una incómoda inquietud, y la diosa desvió rápidamente la mirada ante la acción del mortal. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué era esta creciente incomodidad? La desesperación de no saber cómo actuar comenzaba a abrumarla, así que se acercó a Hermes, quien estaba riendo y charlando con los guerreros, y le susurró que era hora de partir. Ambos dioses comenzaron a brillar intensamente y destellos de luces de colores los rodearon. A pocos segundos de marcharse, Atenea no pudo resistir mirar nuevamente a Fénix. Para su desgracia, el joven mantenía su cabeza fija en su dirección con una intensidad inquebrantable. Rendida, apartó la mirada, reflejando profunda preocupación en su rostro.

Los dioses desaparecieron en una brillante luz incandescente. Los guerreros sumergidos en una magnífica alegría y confianza para seguir su travesía, apreciaban a Perseo, que portaba consigo todos los obsequios que los dioses le habían entregado. Mientras tanto, Fénix giraba lentamente su cabeza, volviendo a su estado de relajación inicial.

7

Las tinieblas reinaban sobre la superficie del océano y el barco avanzaba ahora de manera más lenta. El agua parecía ser un espejo negro, sin reflejos ni brillo, como si absorbiera toda la luz que intentara penetrarla. La sensación de lo desconocido y lo impredecible se hacía palpable. Era un lugar donde la imaginación podía correr con libertad. Tan así era, que los guerreros relataban supuestas historias del objetivo de su misión.

…y nunca volvieron, pero el niño logró verla desde lo alto de la montaña y huyó a toda velocidad. Él cuenta que ella posee ambas piernas al igual que una mujer normal y no el cuerpo de una serpiente comentaba Damocles.

_ Pues yo escuché que, en realidad, no es una criatura espantosa, sino una bella mujer. Tan bella…que la tentación de verla a los ojos es inevitable _ aportaba Caricles.

Fénix sintió una pequeña ráfaga en el aire que hizo que su cabeza girara levemente por curiosidad. Luego de unos pocos segundos, enderezó su espalda y se puso de pie. Tomando su lanza, se dirigió hacia la proa.

…pero que su puntería es pésima y…¡Oh, pero miren nada más! ¡Nuestro misterioso compañero decidió estirar un poco las piernas! dijo Damocles observando a Fénix.

_ ¿Conoces alguna historia sobre nuestro objetivo, muchacho?_ preguntó Caricles al joven invidente, que pasó en silencio por su lado, ignorándolo completamente.

_ La única historia que importa es la que estamos a punto de contar señores._ dijo Perseo, mientras los guerreros se levantaban del suelo y observaban la neblina hacia donde el barco avanzaba _ Ya estamos aquí.

La majestuosa figura de un enorme templo emergía mientras la bruma se disipaba lentamente. Su imponente presencia destacaba sobre una playa de arena grisácea y se hacía más clara a medida que el barco llegaba a la orilla.

8

Todos los tripulantes del barco permanecían con los pies sobre la grisácea arena, contemplando el imponente templo. Damocles dio un leve golpecito en el brazo de Cacricles y elevó su escudo para cubrir sus ojos, indicándole que hiciera lo mismo. Este asintió y alzó su escudo hasta casi ocultar sus ojos. Perseo también tomó esa decisión y sus compañeros siguieron su ejemplo. Avanzaron por la playa con los escudos en alto, excepto Fénix, hasta llegar a una amplia escalera. Los guerreros ascendieron lentamente por ella.

Por dios… comentó Caricles al llegar al extremo.

Los guerreros se adentraron en un majestuoso jardín repleto de esculturas humanas de piedra y hermosas flores, incluyendo rosas y tulipanes. Cada figura de piedra capturaba el momento de su petrificación, congelando la vida en gestos de sorpresa, horror o éxtasis. Sus rostros, antaño vivos y expresivos, se habían convertido en máscaras pétreas que perpetuaban un eterno asombro. Sus ojos, habitualmente bien abiertos, ahora permanecían apagados en un triste color gris por toda la eternidad.

_Observen bien _ ordenó Perseo, estudiando las figuras. _ Todos ellos se mantuvieron en grupo, exactamente como estamos haciéndolo nosotros. Hay

que separarnos. Si logran toparse con ella, griten. Y así podremos atacar de distintas posiciones.

Los guerreros asintieron y se separaron cada uno a su suerte. La sensación de no permanecer en grupo ahora aumentaba la inseguridad.

Fénix avanzó lentamente por el majestuoso jardín, empuñando la lanza en su mano derecha y llevando el escudo sobre su espalda. Con su mano izquierda, acariciaba las esculturas, deteniéndose en sus rostros para contemplar sus expresiones de sorpresa aterrorizada. El fragante aroma de las rosas y tulipanes distraía ligeramente su sentido del olfato, pero estaba seguro de que había un aroma distintivo que debía seguir. Lo había sentido desde que llegaron al jardín y aún estaba en busca de él. Se detuvo junto a una escultura de un pirata de estatura mediana, que curiosamente mostraba una mirada intensa en lugar de sorpresa. Girando la cabeza y esforzándose por captar nuevamente aquel aroma, Fénix decidió seguir avanzando con cautela. Tras unos instantes, el aroma peculiar regresó a su nariz y él lo siguió con determinación. El guerrero ciego llegó finalmente a la entrada de un extenso santuario sumido en penumbra.

Damocles y Caricles observaron a Fénix inmóvil en la entrada de la sagrada construcción. Se miraron, y llamando a los demás decidieron acercarse a él. Al cabo de unos pocos segundos, la gran mayoría de los guerreros caminaba lentamente hacia Fénix.

_¿Lograste ver algo, compañero? _ dijo Damocles y al instante Caricles lo golpeó en el brazo bruscamente _Oh, cierto. Lo siento, amigo. _ se disculpó al cabo de unos segundos.

Fénix entró en el santuario en silencio, sin pronunciar una palabra, lo que generó incertidumbre entre sus compañeros. Aunque se sentían inseguros debido a la oscuridad que imperaba en su interior, reunieron valor y no tuvieron más opción que seguirlo.

9

El santuario yacía sumido en la oscuridad total. Los guerreros no podían distinguir nada a su alrededor, pero Fénix utilizaba las vibraciones de sus pasos y las de sus compañeros para calcular la extensión del espacio. A medida que avanzaban, podía percibir la presencia de imponentes columnas y un amplio pasillo a través de las vibraciones. El constante aroma a aceites y grasas confirmaba que cada columna sostenía una antorcha. Mientras continuaban, Fénix iba descubriendo más detalles. Escuchaba el tenue sonido de pequeños jarrones de agua colocados sobre un altar. Las vibraciones en el suelo le indicaban que se acercaban al final del santuario, donde una figura extraña permanecía inmóvil. Era precisamente el peculiar aroma que Fénix había estado siguiendo desde que entraron en el jardín del templo. De repente, la figura

comenzó a moverse, y el joven invidente pudo sentir y escuchar el corte del aire causado por el arco de un extraño metal. En ese instante, Fénix detuvo su avance.

_Ciego, está demasiado oscuro aquí, los muchachos y yo nos largamos _dijo Caricles, desesperado que, junto con sus compañeros, habían llegado al límite de su paciencia al aguantar el silencio constante y la falta de luz.

Fénix percibió una pequeña vara de madera a gran distancia y un aroma ahumado. La vara entró en contacto con el arco de metal y el aroma se transformó en fuego. El valiente guerrero ciego adoptó rápidamente una postura de combate, haciendo girar su lanza y tomando su escudo de la espalda. Este ágil movimiento tomó por sorpresa a sus compañeros.

¡Maldición, ciego! ¿Quieres decirnos qué demon…¡oh! dijo Damocles mientras una flecha encendida pasó a una velocidad impresionante y culminó en una de las antorchas, que permanecía a las espaldas de los guerreros, envolviéndose en llamas.

El ejército de soldados se puso en posición de pelea a la brevedad.

¡Por Zeus! ¿De dónde salió eso? preguntó Caricles aterrado.

_ ¡Cuidado! _ gritó Damocles, que logró observar un pequeño punto reluciente que se acercaba a toda velocidad y ahora tocaba una de las antorchas que estaba justo a su lado, encendiéndose e iluminando una pequeña parte del santuario.

Los guerreros, aterrados, se alejaban de la luz que irradiaban las antorchas, mientras Fénix permanecía en posición defensiva con su escudo en alto, avanzando lentamente en línea recta. Las antorchas continuaban encendiéndose con precisos flechazos, guiando al ejército del Rey Polidectes hacia las sombrías profundidades del santuario.

¡¿Alguien la ve?! ¡Demonios, no hay nadie aquí! exclamó uno de ellos mientras avanzaban y dejaban a Fénix atrás.

Los guerreros permanecían en alerta dentro del santuario, sosteniendo sus escudos en alto. La iluminación en el lugar era tenue, lo que les permitía una mejor visión, pero no querían correr riesgos innecesarios. Fénix notaba que la figura se había desplazado y reconocía lo desafiante que resultaba seguirle el rastro. Era escurridiza y su aroma se disipaba rápidamente en el aire. Sus pies debían de ser pequeños, pues las vibraciones que generaba eran mínimas y el aire que cortaba era sutil. Sin embargo, aquella figura pecaba de utilizar armas de metal, cuyo aroma era de fácil reconocimiento, así como también los pequeños jarrones de agua, que junto con ella se trasladaban en una rapidez vertiginosa por las penumbras del santuario, generando vibraciones de sonido que identificaban a su portadora.

Una de las antorchas se apagó rápidamente.

_¿Qué fue eso? _preguntó Caricles, que intentando observar, logró captar a la difusa silueta de una mujer detrás de otra de las antorchas que se apagaba al instante. _ ¡La vi! ¡Está allí!.

Las antorchas del santuario se apagaban sucesivamente y los guerreros buscaban el momento preciso para atacar. La oscuridad se adueñaba

gradualmente del lugar y, tras unos breves segundos, solo una llama titilante emitía una débil luz en el interior del santuario.

La oportunidad se había esfumado, el terror había triunfado mientras los guerreros contemplaban la solitaria llama que les indicaba el acercamiento del final. En el aire, resonó el inquietante sonido de un cascabel de serpiente a espaldas de los guerreros. Aterrados, todos voltearon, mientras Fénix apenas giraba ligeramente la cabeza en respuesta al sonido. Surgió una mano femenina detrás de la última columna iluminada, inclinando un jarrón para dejar caer agua sobre la antorcha, sumiendo al santuario en la absoluta oscuridad. Nuevamente, la penumbra reinaba. El agitado aliento de los guerreros y los débiles sonidos metálicos de sus armaduras era lo único que se destacaba en el espacio.

_¿Creen que se haya ido? _ preguntó Caricles.

Ante Fénix, a escasos metros de distancia, dos antorchas fueron colocadas en sendos calderos sobre pilares. Las llamas cobraron vida e iluminaron por completo el santuario. Los guerreros, con el susto reflejado en sus rostros, contemplaron el resplandor que, tras una breve ceguera momentánea, se transformó en la figura de una hermosa mujer con serpientes rojas y pequeños detalles violetas en su cabeza. Portaba una imponente armadura negra y un arco dorado cruzado sobre su pecho.

Adara sostenía una antorcha en cada mano y las apoyaba en los pilares, mientras dirigía su mirada hacia los guerreros. Todos quedaron petrificados, desvaneciendo sus ropas y rostros en un tono grisáceo opaco, transformándose en piedra de pies a cabeza. Sin embargo, algo iba mal, pues una figura destacaba entre las demás, conservando el brillo y el color de su vestimenta. Se acercó velozmente dando un salto y atacó con su lanza de punta plateada.

Adara se movió con rapidez, esquivando el ataque de Fénix con la fluidez asombrosa de una serpiente. Luego, tomó su arco, extrajo una flecha de su espalda y la lanzó hacia el guerrero ciego, quien logró protegerse hábilmente con su escudo. Sin embargo, cuando Fénix intentó contraatacar, Adara había desaparecido nuevamente en las sombras del santuario. Ágilmente, Fénix giró su lanza y adoptó una postura defensiva, girando su cabeza como un pájaro para utilizar sus sentidos y descubrir el paradero de su oponente.

Detrás de una pilastra, Adara observaba perpleja al guerrero. Era la primera vez que sus ojos no cumplían su propósito, pero no podía permitirse perder tiempo. Era la oportunidad perfecta para atacar nuevamente, ya que su oponente le daba la espalda. Deslizándose con ambas piernas por el suelo, adoptó una posición más adecuada para lanzar otra de sus flechas, que ya estaba tensada en su arco.

Rápidamente fijó a su objetivo y tensó la cuerda de su arma, llevando su mano al mentón. Fénix captó el sonido de la cuerda a varios metros de sus espaldas y giró en su eje rápidamente mientras sostenía su lanza con destreza. Adara percibió un extraño brillo que resplandecía de la lanza del guerrero, con su flecha lista para salir despedida, observó que aquel brillo era generado por tres

perlas blancas que pertenecían a una pequeña pulsera hecha con piedras negras. Y fue entonces, cuando una fuerte sensación de calor se elevó en el pecho de la Medusa, mientras que su corazón comenzaba a latir con fuerza y sus pulmones se llenaban de aire, mientras que sus ojos se abrían con asombro.

Fénix… dijo la joven, en un ahogado susurro.

10

El invidente guerrero bajó su centro de gravedad y comenzó a correr decidido hacia la gorgona, presionando con fuerza su lanza.

_¡Fénix! _ gritó ella.

El joven arrastró sus pies por el suelo, interrumpiendo su carrera a unos pocos metros de la Medusa. Inmóvil, su cabeza giró. ¿Acaso esa voz era lo que creía que era?

_¿Cómo sabes mi nombre? _ preguntó él apuntándole con su lanza.

_ Porque reconozco al increíble guerrero que vino hasta mi templo para ver el atardecer _ contestó ella, mientras dejaba caer una lágrima.

Fénix inhaló una enorme cantidad de aire. Bajando su guardia, sentía como su corazón latía con todas sus fuerzas. Adara cruzó su arco dorado y comenzó a caminar hacia él.

_ ¡Oh, Fénix! ¡Ha pasado tanto! No puedo creer que est…

En un ágil movimiento, el guerrero invidente alzó su lanza hasta el nivel de su hombro y la lanzó hacia la Medusa, quien quedó sorprendida al ver cómo la brillante punta plateada se acercaba velozmente hacia ella. Con las palabras atrapadas en su garganta y una terrible confusión que la embargaba, no tuvo más opción que cerrar los ojos y, llena de decepción, esperar ser atravesada por la lanza. Sin embargo, el arma impactó contra una reluciente hoz dorada, a centímetros de su cuello.

Perseo cayó al suelo ahogado en un grito de dolor. Adara volteó y vio cómo el semidiós se cubría con su escudo de la fatal visión que lo observaba.

¡Maldició, ciego! ¿Qué demonios te sucede? gritó Perseo, mientras Adara desaparecía con suma fluidez por los pasillos del santuario.

_ Debes irte de aquí_ le contestó Fénix, mientras caminaba hacia él.

Perseo lanzó una risa forzada mientras se ponía de pie y lentamente miraba al invidente guerrero, evitando el contacto visual con el incierto paradero de la gorgona.

¡¿De qué demonios estás hablando, ciego?! ¡Nos llevaremos la cabeza de la Medusa y seremos héroes! gritó eufórico.

_ No dejaré que la lastimes. Ahora, vete de aquí. _ dijo Fénix señalando la amplia entrada del santuario.

_ Pero q…¡¿quién demonios te crees que eres?! ¡¿No emites una palabra en todo el viaje y ahora estás dándome órdenes a mí?! ¡Yo soy Perseo! ¡Hijo de Z…

_ Deja de gritar, imbécil. _ lo interrumpió Fénix_ Sé perfectamente quién eres. No vas a llegar hasta ella, sin antes pasar por mí.

Perseo no podía creer lo que estaba escuchando. Aquel ciego lo insultaba y desafiaba con una confianza inquebrantable. Sin embargo, su confusión fue interrumpida por la aparición de una silueta borrosa de una mujer que se deslizaba detrás del joven invidente, sosteniendo la lanza de punta plateada en una de sus manos. La figura lanzó el largo arma en el aire y, al ser atrapada por su propietario, quedó lista para enfrentar a su oponente. Perseo volvió a cubrir sus ojos con el escudo y recogió su hoz dorada del suelo.

_Muy bien, prometo ser rápido, ciego. _ exclamó el semidiós, quien ahora divisaba en el reflejo de su pulido escudo cómo la figura femenina, con serpientes en su cabeza, dejaba caer el agua sobre el jarrón de uno de los pilares que alumbraban el vasto espacio. Las llamas se extinguieron, sumiendo el santuario en mayores penumbras, que solo eran atenuadas por la débil luz proveniente del único pilar que aún permanecía encendido.

_Si, yo también _le contestó Fénix.

Perseo rio entre dientes y se abalanzó sobre Fénix con su hoz dorada. El guerrero ciego logró esquivar el golpe y con la punta de su lanza, hirió la pierna derecha del semidiós, quien soltó un grito de dolor. Con determinación, el hijo de Zeus intentó tres movimientos más, pero todos ellos resultaron en fracaso, siendo herido en el cuerpo por la afilada punta plateada de la lanza de Fénix. Después de unos minutos, Perseo comenzó a darse cuenta de su completa desventaja. La forma de luchar de su oponente era como tratar de combatir el viento. Su fluidez era natural, su esfuerzo mínimo, su postura perfecta y la danza de su lanza precisa e implacable. Simplemente se estaba burlando de él.

_¡Pelea como hombre! _ gritó Perseo, dejando caer su escudo y la brillante hoz dorada al suelo. Levantando sus puños en alto, desafiaba nuevamente a su rival.

Fénix suspiró y clavó su lanza en el suelo, soltando su escudo. Se colocó frente a su adversario adoptando una posición de combate peculiar, arqueando los dedos de sus manos. El semidiós se acercó a toda velocidad y lanzó una serie de tres ataques. En medio de su ofensiva, la silueta difusa de la Medusa emergió entre las columnas del santuario. Dos de los puñetazos fueron esquivados y el tercero fue bloqueado por el antebrazo de Fénix, quien aprovechó la oportunidad para asestar un golpe contundente en las costillas de Perseo. El dolor hizo que Perseo se encorvara y su mirada se perdió en uno de los pilares del santuario, donde la Medusa lo observaba intensamente. Cerrando los ojos con fuerza, el hijo de Zeus no solo luchaba contra su rival, sino también contra su propia conciencia. Sus ataques nunca habían sido tan erráticos ni su defensa tan débil. Fénix dominaba un estilo de combate que nunca había presenciado antes. Nuevamente, su fluidez corporal era ininterrumpida, su respiración constante y la ferocidad de sus ataques rozaban la perfección. No golpeaba con el puño cerrado, sino con los nudillos de sus dedos, causando un dolor tres veces más intenso. ¿Cómo lo lograba? Y como si eso no fuera suficiente, la gorgona acechaba con su mirada fatal desde los alrededores del combate.

El rostro de Perseo mostraba pequeñas manchas grises, su cuerpo se sentía pesado y su respiración era entrecortada. Arriesgando sus últimas fuerzas, se lanzó a un ataque feroz de cuatro golpes. Fénix esquivó con facilidad tres de ellos, mientras que el cuarto fue bloqueado nuevamente por su antebrazo y respondió con elegancia golpeando en seco la garganta del semidiós.

Perseo agarró su cuello con ambas manos y cayó de rodillas. Fénix se acercó lentamente a su lanza, la tomó y con un fuerte gesto levantó la punta plateada del suelo. Se giró decidido para poner fin a la batalla. En ese momento, el joven percibió el sonido del aire al ser cortado por la afilada hoz dorada, que en un movimiento fluido atravesó el cuello de Perseo, a manos de Adara.

La cabeza del semidiós yacía en el suelo. Adara la recogió con ambas manos, la levantó en alto y la observó fijamente a los ojos mientras perdía su color y se volvía grisácea, transformándose por completo en piedra. Luego la soltó, dejándola caer al suelo, destruyéndola en mil pedazos.

11

Los escombros de la cabeza del semidiós yacían dispersos por el suelo del amplio santuario. Adara soltó la radiante hoz dorada, dejándola caer al suelo, y se volvió hacia Fénix, quien permanecía inmóvil frente a ella. En un profundo silencio, el mundo pareció detenerse mientras la mirada de la Medusa se encontraba con la del guerrero griego. Inmersa en un intenso orgullo, se acercó lentamente a él. Fénix suspiró, permitiendo que la gorgona posara ambas manos sobre su pecho. No había palabras que pronunciar en ese momento, solo silencio y el constante latido de sus corazones. Adara arrastró sus manos hasta el casco de Fénix y lo retiró lentamente, revelando el rostro del joven invidente que se entregaba a ella. Las lágrimas volvieron a brotar en el rostro de la Medusa, al tiempo que acariciaba suavemente al hombre que, después de tanto tiempo, cumplía su promesa. Aquel distintivo aroma, que Fénix había seguido desde que ingresó al templo, resultó ser una fragancia similar al cabello de Adara, ahora convertido en una enredada melena de serpientes. Curiosamente, el joven deseó explorarla con sus manos. Extendiendo su palma hacia la cabellera de la gorgona, sintió cómo las víboras se enroscaban alrededor de su muñeca y emitían un sonido semejante al de un cascabel. Adara bajó la cabeza avergonzada por su apariencia.

_ Fénix, no soy la mism…

_ ¿El sol caerá en unos minutos no es así? _ la interrumpió él.

Otras dos lágrimas caían de los brillosos ojos de Adara, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

_Sí…así es. Falta poco _ le contestó ella, acariciando el rostro de Fénix.

_¿Me crees si te digo que hace años no veo un atardecer? _ preguntó él con una leve sonrisa.
_Pues, creo que eso ya no será un problema _ contestó ella entre risas, mientras se abalanzaba hacia él en un cálido abrazo.
Creí que te había perdido… dijo él.
_ No. Aquí estoy _ susurró ella, perdiéndose en los brazos que la envolvían.

12

Una escultura humana de piedra permanecía arrodillada con sus manos y rodillas apoyadas en el suelo. Fénix, sentado sobre ella, se ocupaba de pulir su escudo en una amplia estancia adornada con múltiples asientos, una opulenta cama y un balcón que se asomaba hacia el horizonte, donde el sol ya se había despedido hacía unos instantes. El joven guerrero giró su cabeza al percibir la presencia que se acercaba. Adara, envuelta en un majestuoso vestido oscuro con destellos radiantes, detuvo su andar en la entrada de la habitación. Fénix, abandonando su tarea, se puso de pie mientras dirigía su cuerpo hacia la joven. Ella se acercó lentamente, y Fénix aguardó su llegada con anticipación.

Mientras tanto, en los sagrados pasillos del Olimpo, Hermes, el mensajero de los dioses, atravesaba velozmente los corredores. Tropezó por un instante, pero rápidamente se recuperó y continuó su vertiginosa carrera.

Las manos de la gorgona reposaban sobre el pecho de Fénix en un gesto cargado de deseo. Serpientes se deslizaban y enroscaban sobre los hombros del guerrero, atrayendo su atención. En un silencio cautivador, se acercaron lentamente, a punto de rozarse. Inspiraron profundamente y compartiendo un beso que, al exhalar por sus narices, se convirtió en una danza de suspiros entrelazados.

Mientras tanto, Hermes llegaba a toda velocidad hacia una majestuosa puerta dorada, tallada con las figuras de los dioses griegos. La empujó con fuerza, atravesando su umbral para adentrarse en una vasta sala con un largo pasillo. Al final de este, se alzaba una espléndida habitación llena de asientos multicolores, donde figuras divinas voltearon su mirada hacia la entrada, llenas de curiosidad.

Fénix y Adara se entregaron a un beso apasionado, donde sus almas se fundieron en un éxtasis indescriptible. Fénix alzaba con suavidad a la Medusa, que lo envolvía con sus piernas en un abrazo apasionado. Las serpientes que adornaban la cabeza de Adara se deslizaron sobre el cuello de Fénix, como si estuvieran cautivadas por un hechizo ancestral.

En los dominios del Olimpo, Zeus, el soberano de los dioses, frunció el ceño y se acercó con determinación a Hermes. Este último, con una mirada de pesar, pronunció las palabras que temblaban en sus labios.

_Zeus... es Perseo... _ expulsó como pudo el mensajero divino mientras el dios lo observaba con detenimiento. _Zeus, tu hijo...

Las serpientes de la Medusa se deslizaban con delicadeza hacia los extremos de su vestido, dejándolo caer suavemente al suelo. Fénix, con una pasión avivada, viajaba con sus manos por el desnudo cuerpo de la joven y deleitándose con cada roce que traspasaba la fina barrera de su piel, sentía el cálido contacto sobre las palmas de sus manos. En el balcón detrás de ellos, el crepúsculo se veía amenazado por la aparición de imponentes nubes oscuras.

Zeus se llenó de ira y golpeó con furia el trono divino, haciendo eco de su descontento.
_¡Perseo! ¡Muerto! ¿Cómo pudo ocurrir? Dime, Hermes, ¿quién es el responsable? _ preguntó el dios con impaciencia.
Hermes, con la cabeza inclinada y una expresión cargada de preocupación, temió responder a la siguiente pregunta de Zeus, mientras dirigía su mirada hacia Atenea y Poseidón.
_¡Dímelo! _ insistió el dios del rayo.
Con voz entrecortada, Hermes reveló la verdad que tanto le abrumaba.
_Zeus... yo... fue...un... un mortal. Un mortal...y la gorgona Medusa, que cometió su asesinato _ finalizó la respuesta Hermes, completamente aterrado.
Los dioses murmuraron consternados. Atenea llevó una mano a su boca, mientras Poseidón cubrió su rostro con desesperanza. Zeus, con los ojos clavados en el suelo, mostró una mezcla de asombro y furia. Su semblante se contrajo, dejando entrever sus dientes en un gesto amenazador. Entonces, con un estruendo ensordecedor, Zeus soltó un feroz grito.

Los truenos resonaron y algunos rayos iluminaron el cielo. Adara, sobre Fénix, dejó escapar un gemido de placer mientras sus manos exploraban su cuerpo, ascendiendo desde el pecho hasta el cuello. Las serpientes de Adara se enroscaron alrededor del brazo de Fénix, como si quisieran compartir la pasión que los envolvía.

En el Olimpo, Zeus caminaba envuelto en una furia incontrolable, mientras Atenea lo seguía a sus espaldas.
_¡Zeus, espera! _ exclamó la diosa.
_¡Déjame, Atenea, esto es tu culpa. ¡Y no creas que me olvido de ti! _ le contestó el dios señalando a Poseidón.
_¡Debes escucharme! _ insistió la diosa.
_¡Pagarán! ¡Mi hijo, asesinado...pagarán por lo que hicieron! _ exclamaba Zeus, cegado de furia.
_¡Por favor, escúchame! Hay algo en ese mortal. En el barco...sentí una ext...
_¡Morirá! ¡Le daré una muerte lenta y sin piedad! _ la interrumpió él, mientras desaparecía en una tremenda luz incandescente.

En la grisácea playa que rodeaba el imponente templo de la Medusa, un rayo plateado impactó con fuerza.

Adara y Fénix, al escuchar el estruendo y observar el fulgor del rayo, volvieron sus cabezas hacia el balcón. Allí, Zeus se erguía con su mirada fija en el imponente recinto de la gorgona.

Adara dirigió su mirada hacia Fénix, quien poco a poco, curvó su boca dibujando una leve sonrisa en su rostro.